

Fernández, Víctor Manuel

La crisis cultural y las fragilidades de los sacerdotes de hoy. Estado de situación y pistas de acción

Pastores Nº 32, mayo 2005

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *La crisis cultural y las fragilidades de los sacerdotes de hoy. Estado de situación y pistas de acción* [en línea]. *Pastores*, 32 (mayo, 2005)

<http://www.cuadernospastores.org.ar/documents/PASTORES32.pdf> Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/crisis-cultural-fragilidades-sacerdotales-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

PASTORAL SACERDOTAL

La crisis cultural y las fragilidades de los sacerdotes de hoy. Estado de situación y pistas de acción.

*Pbro. Dr. Víctor Manuel Fernández
Diócesis de Río Cuarto
Vicedecano De la Facultad
de Teología de la UCA*

Nos preguntamos de qué modo concreto la crisis cultural actual afecta a los sacerdotes. Veremos una descripción generalizada, dando por supuesto que en todos los casos hay matices y que también hay grandes excepciones. Lo que diremos sobre los sacerdotes puede servir también para considerar las dificultades de otros agentes pastorales.

En un segundo momento veremos una serie de pistas de acción que podrían ayudar en cada diócesis a revertir los efectos negativos de esta crisis.

A. La situación

Ubicaremos estas consideraciones sobre los sacerdotes en el contexto de los cinco desafíos planteados por los obispos argentinos en *Navega Mar Adentro* (2003), por dos motivos: Por una parte, porque entendemos que esos mismos desafíos afectan también personalmente a los sacerdotes, inmersos en nuestra cultura. Pero además, porque ellos están permanentemente recibiendo el impacto que la crisis cultural provoca en la gente a la que sirven, y eso también tiende a debilitar las certezas de ellos.

1. Primer desafío: La crisis de la civilización (crisis de valores).

- Sabemos que estamos en un cambio de época que exige a los sacerdotes diálogo con la cultura, y no sólo atacarla. Requiere una escucha de las inquietudes legítimas que hay también detrás de los errores, y una sensibilidad y astucia pastoral para evangelizar las nuevas tendencias culturales, atreviéndose a intentar nuevos caminos. Generalmente los curas hacen un buen diagnóstico de los peligros de la cultura actual, pero no avanzan demasiado en el diálogo con esa cultura y en nuevas propuestas evangelizadoras. Porque sabemos más lo que se ha muerto, lo que acabó, pero no percibimos tan claramente las posibilidades nuevas que se nos ofrecen y la novedad que podría reemplazar lo que se vino abajo. Es cierto que el Evangelio es siempre novedoso y que tiene una respuesta para todas las épocas, pero también es cierto que requiere encarnarse de diversas formas de acuerdo a las necesidades propias de cada momento.

- Al mismo tiempo, quizás sin advertirlo, los curas pueden dejarse contagiar en la práctica por lo peor de la cultura posmoderna. También el sacerdote tiene necesidad de revisar cuáles son los valores que lo movilizan y discernir si no se está contagiando, en la práctica, de los criterios y opciones del mundo decadente. La mayor consciencia de la propia fragilidad no siempre se corresponde con una adecuada vigilancia. Porque es posible que no sólo la crisis posmoderna, sino también algunos famosos defectos propios de la cultura argentina –la avivada, la débil cultura del trabajo, el descuido de los deberes ciudadanos– estén presentes en los sacerdotes sin que ellos alcancen a reconocerlo.

- Entiendo que en esta amplia crisis de valores, cabe remarcar los valores comunitarios, sociales y cívicos. Precisamente, dentro de los grandes riesgos de la posmodernidad suele destacarse la acentuación de lo individual, a partir de una mala concepción de la libertad, heredera de la modernidad. El individuo

es el que define lo que está bien y lo que está mal de acuerdo a lo que él considera que lo realiza como persona, sin que pesen en esta consideración criterios externos a su perspectiva. “A la hora de definir qué es lo que me hace feliz, soy yo el que decide, y no debo permitir que otros pretendan hacerlo por mí”. La expresión es en sí misma aceptable, pero esconde el rechazo a dejarse interpelar por los otros. Esto no favorece un sentido eclesial de los curas en el discernimiento de las opciones personales ni un respeto religioso hacia lo que pide la Iglesia. A veces se le cree más rápidamente a los medios que a la Iglesia.

- Los documentos de la Iglesia interesan cada vez menos a la mayoría del clero, y se tiende a prescindir de ellos, porque se los considera abstractos, rígidos, parciales o alejados de la realidad. Por otra parte, los mismos curas parcializan la doctrina y la moral; es decir, hablan sobre algunos puntos que responden a sus intereses personales, sin dejarse interpelar por otras cuestiones que no caen tan bien a la propia sensibilidad o a los propios esquemas mentales. En esta misma línea, se percibe que se ha perdido una visión de conjunto. En el pluralismo exacerbado todo se fragmenta: el sentido de la vida, las convicciones, la visión de la realidad, la evangelización.

- Esto se vuelve más complejo si se tiene en cuenta que hoy han caído las certezas colectivas que antes movilizaban una actividad evangelizadora entregada y entusiasta. Hoy los curas jóvenes no están del todo convencidos de que muchas de las cosas que hacen realmente sean necesarias, ni de que todo lo que enseñan sea tan cierto. Si en otra época el ideal de salvar un alma podía motivar cualquier esfuerzo e incluso el martirio, hoy parece que la propia tarea no es tan necesaria o indispensable, por lo cual se hace más fuerte la tentación de ceder al relativismo mundano y al mismo tiempo entregarse confusamente a las múltiples ofertas del mundo.

- Las confusiones se dan también en el orden de la afectividad. Hay una gran ingenuidad que a veces tiende a reducir las causas de los problemas a los condicionamientos psicológicos que exculpan, y olvida que siempre es necesaria una cuidadosa prudencia, la previsión y ciertas renunciaciones cotidianas. Son frecuentes las actitudes permisivas y el consumo de estímulos, que a su vez llevan a cierta ambigüedad en el intercambio con otros. Es ingenuo, porque olvida que una gratificación lleva a necesitar más. Cualquier sexólogo lo dice claramente cuando da consejos a las parejas que sufren una disminución de la libido: una satisfacción lograda alimenta el deseo de más. Y la repetición arraiga el deseo y la necesidad de satisfacerlo. Por lo tanto, mientras más estímulos más deseo, y consiguientemente, ante la dificultad para satisfacerlo, más insatisfacción y más tristeza. Esto se agrava porque hoy es frecuente que las mujeres se presten a relaciones ocasionales y desinhibidas, sin exigirle al cura el abandono del ministerio.

Pero no hay que olvidar que algo análogo sucede cuando el ideal del servicio se convierte en apetencia de poder o en una necesidad narcisista de reconocimiento.

- Los curas, más allá de su forma de pensar, también son afectados por una característica de estos tiempos: En la verdad íntima de lo que moviliza realmente a cada uno, y más allá de lo que de hecho predicán, lo sensible se vive como más importante que el razonamiento, que la decisión o el esfuerzo, que la educación de la voluntad y de las pasiones. Y no podemos negar que para quien tiene como principal propósito *real* la satisfacción de sus deseos inmediatos, es muy difícil sacrificarse por otros o no ceder a la tentación de la corrupción –en sus variadas formas– para poder cubrir sus necesidades.

El placer, la distensión y la necesidad de reconocimiento, parecen tener prioridad absoluta –no en el razonamiento sino en los hechos– por sobre el esfuerzo, la entrega y el discernimiento sobre lo que conviene hacer. Aunque es verdad que en muchos casos no faltan ese esfuerzo y esa entrega, frecuentemente se viven con una tensión negativa. Esto a la larga no es fuente de mayor satisfacción, porque mutila a la persona privándola de los gozos más nobles.

- En lo que se refiere a las ideologías, podemos decir que la posmodernidad produce dos fenómenos bien diferentes:

Por una parte, en un sector del clero, se alimenta una preferencia por todo lo que sea transgresor, diferente, cuestionador de lo establecido. Esto evidentemente se acentúa en nuestro país, donde las instituciones en general han quedado cuestionadas. Las autoridades están permanentemente bajo sospecha, y sólo en la medida en que dejen vivir o solucionen ciertos problemas, se las tolera como un

mal inevitable, incluyendo a las autoridades en la Iglesia. El problema es que estos sectores no saben bien qué certezas quieren alimentar y por qué quieren entregar su vida, y eso no alimenta un fervor y una entrega permanente.

Pero al mismo tiempo, en otro sector sacerdotal opuesto, la posmodernidad produce como reacción el fenómeno contrario, que es la acentuación de los fundamentalismos. Se trata de grupos sacerdotales que se refugian en formas o estilos conservadores que se identifican con la voluntad divina inmutable, sin diálogo con el mundo; que dividen a la humanidad y a la Iglesia en ángeles y demonios. Son grupos sacerdotales que pueden llamar la atención, porque en poco tiempo logran captar un número importante de personas y de vocaciones, pero en pocos años llegan a una meseta, ya que proponen un estilo de vida difícil de sostener para la mayoría. Se quedan entonces con un número importante y llamativo de selectos. Esto es posible porque, si bien hoy el cura es menos venerado y es objeto de más desconfianza, sigue habiendo un sector que acepta todo lo que él diga. Pero en realidad esos fieles incondicionales insertos en estructuras católicas no llegan ni de lejos al 1% de la población. Con su estilo agresivo, cierran las puertas a la inmensa mayoría, más crítica, porque provocan en el resto una cerrazón mayor hacia las propuestas de la Iglesia. No se trata entonces de una estrategia realmente inteligente.

2. Segundo desafío: La búsqueda de Dios

- Aquí se sitúa la dificultad del sacerdote posmoderno para verse a sí mismo como hombre de Dios, reconocer su propia sed de Dios y alimentarla, pero procurando que se traduzca en un compromiso con la Iglesia y la comunidad. Es la dificultad de encontrar a Dios concreta y afectivamente *en* la entrega a los demás.

- En la práctica, no siempre en el modo explícito de pensar, esto provoca una dicotomía entre la actividad pastoral y los espacios de espiritualidad. Quizás se buscan recursos espirituales para sentirse bien, para estar mejor, para resolver los problemas psicosomáticos, para descansar un poco, pero la actividad apostólica es sentida con preocupación como algo desgastante, hasta peligroso. Por eso, está la tendencia a reducirla a un mínimo o a dedicarse a determinado sector de la pastoral para el cual uno se siente más seguro, más cómodo, donde es menos cuestionado o interpelado.

- Ciertas exigencias pastorales, que son permanentes, se viven a la defensiva, como cuando alguien dice: “padre, ¿confiesa?”, o “padre, usted y yo tenemos que tener una larga conversación”, o “padre, llaman urgente por un enfermo grave”, o “padre, no se olvide lo que tenemos pendiente”, o “padre, aquí lo necesitamos”.

- Pero al existir una permanente tensión defensiva, la actividad cansa más de lo razonable, y ya no se vive como respuesta al amor de Dios que convoca a la misión, sino como un peligro para la propia realización. Más que la tarea en sí misma, lo que desgasta y agota es la *resistencia interna* –ante personas, tareas o imprevistos– que quema a la persona. El problema es que la resistencia de los curas jóvenes y su contracción al trabajo durante un tiempo prolongado son ciertamente más bajas que en algunas profesiones muy exigentes. Pensemos por ejemplo en un médico que atiende muchas horas en un consultorio a personas que le exigen eficiencia y consuelo, luego tiene que visitar a los internados, además de ocuparse de su casa y de su familia.

- Paradójicamente, la actividad pastoral a la cual el mismo Espíritu nos impulsa, hoy es una de las grandes causas de sufrimiento, preocupación y *crisis*. Muchas veces los curas se replantean su modo de vivir las tareas pastorales, los valores apostólicos, las dificultades en las tareas, el desgaste por la multiplicidad de tareas, el deseo de ser más competentes y de sentirse más seguros en lo que hacen.

- Algunos mencionan que los curas son hiperactivos y que eso es un obstáculo para una vida sosegada y una búsqueda auténtica de Dios. Estoy de acuerdo sólo en parte. ¿Por qué? Si bien hay un sector de sacerdotes que de hecho lo son, por temperamento o por cuestiones no resueltas que derivan en una búsqueda obsesiva de éxitos pastorales, lo cierto es que muchos pasan de la hiperactividad a la

desilusión o al cansancio abúlico (acedia), y entonces reducen su tarea al mínimo o a lo que les brinda satisfacciones inmediatas, descuidando otras tareas. Esto sucede cada vez más tempranamente.

- Como mecanismo de defensa, aparecen diversas formas de escapar de la parroquia: los viajes, algunas peregrinaciones, supuestas tareas u opciones supraparroquiales, encuentros; buscar refugio en una familia o en un grupo acogedor como el seno materno, a veces hasta irse a estudiar. Pero irse.

- Se advierte que el problema no es siempre el exceso de actividades sino las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad de la acción misma, sin una adecuada preparación, sin un orden y una selección prudente de acuerdo a la jerarquía objetiva de las tareas. Por eso las tareas cansan más de lo razonable, ya que no se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho, y en definitiva *no aceptado*. Ese cansancio enfermizo no requiere sólo pequeños espacios de reposo y esparcimiento, sino cada vez mayores espacios de autonomía.

- Junto con la separación entre privacidad y actividad, hay otra escisión excesiva entre lo sagrado y lo mundano. Se puede pasar de una predicación donde Dios es todo, a buscar un grupo de amigos donde jamás se lo mencione y donde el mismo sacerdote prefiere que el tema religioso no aparezca.

- Por esta esquizofrenia pueden coexistir dos cosas: Un rechazo del mundo, un lamento ante el fenómeno de la secularización y los ataques a la Iglesia, un espíritu religioso que se siente amenazado, etc. Pero por otra parte, una tendencia casi inconsciente a amoldarse al mundo, a tener todo lo que los demás tienen, a vestir a la moda, a viajar donde nadie lo identifique como sacerdote, a no perderse nada de lo que la modernidad ofrece, en una especie de obsesión por *ser como todos*. Esta obsesión, que es un modo de aplazar la propia conversión, también es altamente desgastante.

- Aquí aparece la dicotomía más peligrosa, porque afecta al ser personal: es la separación entre *identidad* personal y *misión* religiosa. La misión que Dios confía no termina de marcar a fondo la identidad personal. Entonces, yo soy por una parte sacerdote, hombre de Dios y de lo sagrado, hombre para los demás, y por otra parte soy yo mismo, este ser humano concreto con sus necesidades, nostalgias y sueños. *No se fusionan ambas cosas en la unidad personal*. Por eso puede suceder que a la hora de plantearse una eventual deserción, el sacerdote destaque sólo que su actividad es reemplazable, sin plantearse lo que eso significa para el sentido personal de su vida.

La formación religiosa que damos hoy ayuda a descubrir las exigencias sociales del Evangelio, pero todavía no ayuda tanto a percibir la unidad de las exigencias de la misión con la amistad personal con Dios y el sentido último de la propia vida. Es esta unidad real y afectiva la que falla.

- Hay, al mismo tiempo, un permanente autoanálisis, una creciente introspección, que no implica tanto revisar la propia respuesta a Dios, sino escrutar quien soy, si soy feliz o no lo soy, si me dan afecto o no, etc. Más que de una profunda interioridad, se trata de un marcado subjetivismo egocéntrico. El sueño de responder al amor de Dios con toda la vida se somete a la necesidad imperiosa de disfrutar la vida mientras sea posible. El lado positivo es que los curas jóvenes son más abiertos y espontáneos para hablar de sus angustias y dificultades internas.

- Finalmente, cabe tener en cuenta que en general hay en los sacerdotes una nostalgia espiritual, un deseo de un encuentro con Dios más profundo y más íntimo y una capacidad de disfrutar ciertas propuestas espirituales más existenciales. No obstante, esto pocas veces se traduce en un compromiso concreto y estable con la oración personal. Esta búsqueda a veces se confunde con los espacios de privacidad, que de hecho se usan más para la televisión o para Internet que para el trato personal con Dios.

3. Tercer desafío: La pobreza y la exclusión social

- El contacto con los que sufren le permite al cura no exacerbar sus propias insatisfacciones y le ayuda a relativizar sus necesidades de confort, descanso, esparcimiento y reconocimiento. El problema es que los desafíos del mundo de la pobreza, la exclusión y el sufrimiento parecen superar a los sacerdotes de tal manera, que como no pueden resolver todos los problemas de los demás, finalmente cauterizan sus

conciencias, escapan, y optan por un mínimo indispensable, o reducen su opción por los pobres a lo discursivo, cuando no terminan culpando alegremente a los pobres de sus propios males.

- Se olvida que la propia tarea no resuelve todos los problemas, pero dedicarse sinceramente a ayudar a algunos pocos a vivir con más dignidad en una problemática determinada ya justifica la entrega de la propia vida. Pero esto supone que el ideal de *vivir para los otros* realmente forme parte central de la propia identidad, el gusto de ser “hombre de Dios para los otros”. Al mismo tiempo, supone aceptar sinceramente el valor de la vida virtuosa –la generosidad, el servicio, la abnegación– como respuesta agradable a Cristo.

- Además, como no se cree ni se confía mucho en nada, ya no hay utopías sociales apasionantes por las cuales la persona daría la vida, porque el posmoderno no quiere tener muchos problemas ni quiere poner en riesgo sus seguridades, sus ingresos, sus comodidades, sus espacios personales. Por eso, esta mentalidad en la práctica, más que acciones produce quejas, lamentos y críticas ácidas a las instituciones. Tiene una ventaja: que ya no se confía tanto en caudillos mesiánicos que traigan una solución mágica y que hay algo más de conciencia de que sólo podremos lograr algo entre todos; pero falta la decisión y la constancia para empeñarse.

- Está claro que cuando la problemática de los pobres y la pobreza no es asumida desde una profunda espiritualidad, termina produciendo por una parte frustración y hastío, y por otra parte resentimiento. Esto evidentemente no favorece un ministerio sereno, fecundo y completo. El desafío está en no escapar del tema de los pobres y en asumirlo no de un modo exitista ni tampoco defensivo, sino desde una profundidad espiritual y en comunión.

4. Cuarto desafío: La crisis del matrimonio y la familia

- También la preocupación por las familias le permite al sacerdote recuperar el realismo, conectándose con los problemas reales de la gente. De este modo puede descubrir que sus renunciaciones e insatisfacciones a veces palidecen al lado de las preocupaciones y cansancios de un padre y esposo.

- Se trata de pasar del contacto con adolescentes y con mujeres, a tomar mayor contacto con familias enteras, y variadas. Pero la opción por las familias a veces se reduce a un círculo pequeño y cerrado de hogares, con gente linda y agradable donde el cura se siente cómodo.

- Por otra parte, la temática familiar implica una serie de cuestiones particularmente delicadas sobre el matrimonio, la sexualidad, el control de la natalidad, etc., que tienen que ver con propuestas morales fuertemente acentuadas por el Magisterio y donde el discernimiento no siempre es sencillo. Esto provoca generalmente en los sacerdotes una tensión que fácilmente puede caer en un relativismo práctico. Los desestabiliza muchísimo ser contradichos o que los demás no acepten rápidamente lo que enseñan y cuestionen lo que ellos dicen. Así como los problemas de los pobres los exceden y finalmente terminan escapando, el discernimiento acerca de estos temas los abruma, y en la práctica terminan optando por dos caminos igualmente fáciles:

Uno es asimilar los criterios cómodos y el progresismo irracional, y entonces renuncian a plantear a la gente las exigencias morales. El otro camino, también facilista, es resolver todo con una rigidez absoluta sin consideraciones prudenciales de ningún tipo.

Pero es comprensible. Porque es cierto que estas cuestiones, tan poco respetadas en el mundo de hoy, sólo pueden ser planteadas adecuadamente en determinado contexto y con una serie de presupuestos, ya que de otro modo no son inmediatamente comprensibles. Dado que frecuentemente son ridiculizados por los medios, quizás sean los temas que más humillación produzcan en muchos sacerdotes. Por eso se han vuelto un importante desafío que exige profundizar mejor en las razones cristianas y humanistas de las propuestas morales de la Iglesia.

- Dentro de este desafío habría que indicar también que, sobre todo en los seminaristas y curas jóvenes, la propia experiencia de familia deja huellas muy determinantes que los condicionan en su vida de presbíteros.

5. Quinto desafío: la necesidad de mayor comunión

Hablamos tanto de la comunión dentro de la parroquia, con los laicos, como de la comunión diocesana, con los demás curas.

- Este desafío está en íntima conexión con lo planteado en el primer desafío, pero se orienta más a la comunión intraeclesial. Digamos primero a una comunión con los laicos de su propia parroquia, en un trabajo en equipo. Esto no es fácil cuando el sacerdote quiere reducir la tarea pastoral a sus gustos personales o a un tiempo muy acotado.

- Hay además una tendencia no teórica sino práctica a nuevas formas de clericalismo: los Consejos pastorales son más formales que reales porque no se fomenta que sean un espacio de participación creativa en las decisiones. Los Consejos parroquiales de asuntos económicos –y sus balances– muchas veces son dibujados. El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que el cura necesite resultados rápidos y fáciles y que no se tolere lo que signifique alguna contradicción, una revisión de sus propuestas, o un replanteo de lo que él ha decidido. Esto no favorece un verdadero trabajo en equipo.

- Hoy también es un desafío mantener una vida parroquial rica y variada, que pueda estimular y desafiar al mismo cura, porque es más difícil encontrar personas con tiempo y disponibilidad para comprometerse de modo estable en alguna tarea parroquial. Cuesta hasta conseguir catequistas suficientes y muchas veces hay que acudir a adolescentes.

- También aquí hay que mencionar un cuidado excesivo de la privacidad: “Yo tengo mis espacios personales, privados, donde puedo respirar tranquilo, sin que me exijan cosas, me cuestionen o me absorban”. Pero a veces esos espacios privados pasan a ser los más importantes.

- Evidentemente, la variedad de la tarea pastoral lo interpela a uno permanentemente, le exige revisar sus esquemas, le obliga a adaptarse a otras situaciones y necesidades, y por lo tanto aparece como una permanente amenaza para la propia privacidad. Por eso, para muchos curas, el momento en que acaba la actividad apostólica y pueden salir a la calle, irse, o simplemente refugiarse en su casa, en Internet o en la TV, se produce un gran alivio: “aquí soy yo, aquí decido nada más que yo, aquí hago lo que quiero”. Entonces, la entrega por los demás y la comunión con los otros deja de ser “lo que yo quiero” y pasa a ser una función pasajera, que se trata de realizar bien, pero en un tiempo limitado y controlado por uno. La misión compartida, en este contexto, se hace imposible.

- La misión entendida y vivida como un llamado de Dios al “nosotros” de la parroquia y de la diócesis, es lo que permite romper este mecanismo. Una parroquia viva, rica en ministerios y funciones laicales variadas, y una pastoral diocesana orgánica e integradora, ayuda a impedir el ensimismamiento y un cuidado enfermizo de la propia autonomía.

- Pero este desafío se traduce ante todo como el desafío de integrarse mejor a una pastoral diocesana, donde el contacto frecuente con los otros permite al sacerdote alimentar su sentido eclesial y trascender los límites de sus logros parroquiales y sus proyectos personales, o quizás de su pereza. Al mismo tiempo, esa integración orgánica evita un *aislamiento malsano*, en el cual es posible que el cura pierda perspectivas y se deje llevar más fácilmente por las malas inclinaciones.

- Por otra parte, aquí se sitúa una cuestión fuertemente acentuada en *Pastores Dabo Vobis* 17, donde se nos recuerda que el propio ministerio tiene una “radical forma comunitaria” y es una “tarea colectiva”. Entonces ya no puede ser entendido como en otras épocas. Esto implica aceptar que la propia identidad está profundamente marcada por esta forma comunitaria que hace que yo no pueda pensar ni vivir adecuadamente mi sacerdocio sin el presbiterio. Por eso, este desafío de la comunión debería llegar a interpelar el modo de relacionarse del sacerdote concretamente con el obispo, con el vicario, con los vecinos y con el presbiterio en general. Entiéndanse aquí relaciones personales y también pastorales, porque hay un individualismo personal, pero también un individualismo “pastoral”, traducido en los curas mayores y también en los jóvenes en diversas formas de “caciquismo”.

- Sin embargo, hay un punto de partida, porque de hecho una de las grandes preocupaciones de muchos sacerdotes, constatada en diversas encuestas, tiene que ver con *las relaciones*: Todo lo relativo a la fraternidad, la amistad, los afectos, la comunión y sus dificultades, y la angustia de la soledad. En esta misma línea suele aparecer el deseo de mayor comunión diocesana, y de una cercanía con el obispo.

- Si bien estas tendencias afectan sobre todo a los más jóvenes, por ser parte de la cultura actual, de alguna manera terminan afectando a todos, también a algunos curas de más edad, en una disminución del fervor apostólico. El sentirse absorbido por los demás, el deseo de viajar y salir de la rutina, la necesidad imperiosa de cuidar los espacios de privacidad, una atención inadecuada a la variedad de ofertas de tecnología y de consumo que ofrece el mundo actual, y otras inclinaciones que no ayudan al empeño y al fervor evangelizador, comienzan a afectar a los sacerdotes maduros, agravando particularmente la crisis de la mediana edad. Pero sobre todo los más jóvenes son hijos de la época y manifiestan mucho más estos puntos débiles.

B. ¿Qué hacer?

Para no quedarnos en un diagnóstico infecundo, veamos brevemente algunas pistas para pensar cómo trabajar o a dónde apuntar en la búsqueda de soluciones, en orden a alimentar un ministerio sacerdotal más vivo, fervoroso, sereno y feliz.

Así como para hablar sobre los desafíos, los organizamos en torno a los cinco desafíos de *Navega Mar Adentro*, me parece que, para pensar algunas salidas, es adecuado aplicar, como respuesta, los grandes *criterios pastorales* propuestos en el capítulo cuarto de este documento de los obispos argentinos. Me parece que esto es útil porque ayuda a unificar las preocupaciones y las estrategias, ya que la aplicación de estos criterios en las distintas áreas pastorales, y también en la formación inicial y permanente, evita la dispersión. Enuncio brevemente algunas propuestas generales.

1. Una pastoral ordinaria y orgánica diocesana:

a) Ordinaria:

*Se trata de formarse para aprender de modo práctico a encontrar a Dios en lo cotidiano; dando un profundo valor a la entrega de cada día, para contrarrestar el escepticismo actual. Conviene acentuar de diversas maneras que tenemos un tesoro que ofrecer y no caben sentimientos de inferioridad. Para ello hace falta crear el hábito de estimularnos unos a otros permanentemente en orden a recordar esto, y no regodearnos tanto en críticas infecundas a la Iglesia o al mundo.

*Al mismo tiempo, desarrollar un sentido de misterio ante los fracasos y la ansiedad. Dios no falla cuando sus elegidos son dóciles y se entregan con confianza, y produce sus frutos más allá de lo constatable.

*Tratar de discernir mejor las tareas necesarias, y seleccionarlas adecuadamente para centrarse en lo esencial (*Ecclesia de Eucharistia* 31). Para ello es indispensable fomentar la riqueza de los variados ministerios, dejando que los laicos crezcan al desarrollar muchas funciones. Así se abre para el cura la posibilidad de preparar mejor las tareas básicas y vivirlas más humanamente y con más profundidad religiosa.

*Capacitarse mejor para las cuatro tareas básicas de esa pastoral ordinaria sacerdotal: la predicación, la dirección y consejo espiritual, la Liturgia, la conducción y organización de la parroquia. Para ello sería necesario también que los seminarios y los equipos de formación permanente se esmeraran más directamente en esta empresa. Haría falta, por un lado, dar mejor orientación práctica a las materias del seminario: pastorales, morales, espiritualidad, derecho (pero también orientar pastoralmente las más especulativas); pero por otra parte, se vuelve indispensable dedicar más espacio a esto en la formación permanente. ¿Por qué es algo clave? Porque sin capacitación hay mucha inseguridad, sentimiento de

culpa, y se termina escapando de las tareas y sufriendo mucho el apostolado. Y eso es una bomba de tiempo. Además de la capacitación práctica, hay que capacitarse para aprender a enfrentar las nuevas dificultades psicológicas ante determinadas tareas: se generaliza una falta de resistencia ante las contrariedades o el sentirse muy afectados por no poder dar soluciones, o una resistencia interior ante los imprevistos o los reclamos de tiempo de la gente. Para avanzar en esta formación, además de las lecturas y cursos que pueda hacer cada uno, ayudaría mucho organizar y aprovechar mejor los talleres y jornadas diocesanas, y quizás las reuniones de decanatos.

*En esta misma línea, además de organizar mejor la formación permanente en cada diócesis, aprovechar las valiosas ofertas del Secretariado para la formación permanente de la CEA: los talleres para párrocos y el curso de formación permanente ofrecen una formación práctica.

b) *Orgánica*

*El primer criterio le da prioridad también a la pastoral “orgánica”: Aquí volvemos a destacar el valor de los lazos de comunión pastoral. Pero no sólo por su importancia pastoral práctica. Para quien vive en el mundo la concupiscencia (que tiende a volverse búsqueda enfermiza de sí) sólo se domina en comunidad. Hoy la privacidad se ha vuelto muy riesgosa: en la soledad vivida como aislamiento se corre el riesgo de perder el sentido de lo bueno y de alimentar las inclinaciones más inconvenientes y egoístas y los criterios personales más subjetivistas.

*Por consiguiente, se vuelve indispensable una pastoral orgánica *diocesana*, que ayudaría también a un mayor sentido de pertenencia a la Iglesia particular. Parece clave que cada diócesis tenga un proyecto atractivo y convincente, que congregue, entusiasme, apasione como búsqueda común, que estimule las ganas de trabajar juntos por algo que vale la pena, y que implique instancias comunitarias de discernimiento, aplicación búsqueda, evaluación y celebración.

*A veces los planes diocesanos o comunitarios no entusiasman mucho, no parecen un verdadero sueño comunitario. Si el plan no convence, hay que cambiarlo, no tolerarlo. Con los planes nos pasa a veces que los criticamos, pero a la hora de hacerlos no ponemos el alma. La consecuencia es que no nos movilizan, y eso es una forma fácil de escapar del ejercicio comunitario del ministerio y seguir optando por un ministerio individualista.

*Ahora, si al preparar o evaluar un plan diocesano cada uno piensa en su pequeña quinta, es imposible hacer un proyecto común: Si yo me dedico a la catequesis o me siento capacitado para eso, voy a pretender un plan centrado en la catequesis, porque si no, no me entusiasma. Si yo me dedico a la formación espiritual, voy a querer un plan donde eso sea el centro, si no, no cuentan conmigo. Si es así, deja de ser un proyecto comunitario.

*Tiene que ser un proyecto donde cada uno ponga sinceramente sus convicciones más profundas, pero dejándolas transformar por los otros, y acepte dialogar hasta que surja una síntesis común, algo que pueda motivar, atraer, convencer y movilizar a todos.

*Este espíritu comunitario no se desarrolla si uno no es realista de entrada: No se trata de soñar una comunión con personas agradables, que respondan a mi modo de ser y de sentir y que no me contradigan. Eso suele ser un consumismo más, marcadamente inmaduro. Los grupos de amigos tendrán su espacio, pero ese no es todavía un sueño comunitario por el cual dar la vida. La comunión se sueña, se busca, se cultiva y se amasa con estos que Dios me puso cerca, distintos, desafiantes, poco interesantes. Con ellos y por ellos yo doy la vida en un sueño comunitario, lucho cada día para vencer el mal con el bien, abro el corazón y la mente para dejarme interpelar y doy lo mejor de mí. Siempre aparecerán las tentaciones del resentimiento, del espíritu de mártir, de la competencia entre nosotros, del aislamiento rencoroso. Esas son las verdaderas tentaciones “dia-bólicas” que nos destruyen. Mejor dialogar, enfrentar, hacer pensar, y dejarme interpelar, pulir, cambiar, como exhortaba San Pablo: “Vence el mal con el bien”. “No te canses de ser bueno”. Siempre es un buen camino relativizar los propios rencores, buscarle excusas al otro, vivir los contrasentidos como una unión fecunda con Cristo en la pasión, etc. Se trata de aplicar lo que aconsejamos. Eso es lo que nosotros le predicamos a los demás, eso mismo es lo

que le decimos a las familias para que no se desintegren. Eso mismo es lo que estamos llamados a desarrollar con honestidad en esta época que nos toca vivir. Y esto es Evangelio puro (“vayan de dos en dos, donde dos o tres se reúnen en mi nombre, que todos sean uno”).

* Pero esto supone también un trabajo personal en la oración y en el empeño cotidiano para adquirir y sostener una pasión comunitaria, el sueño de trabajar y luchar con los otros. Si eso no es algo que me movilice internamente, que se haya vuelto una pasión interna, lo comunitario será siempre un peso que hay que tolerar. Es decir, si cada uno no cultiva permanentemente una espiritualidad de comunión, un profundo espíritu comunitario, no pasa nada. Para que la pastoral orgánica no sea sólo un compromiso forzado, sino un empeño feliz y efectivo, es indispensable fomentar y cultivar una “espiritualidad de comunión”, una mística que impulse desde adentro hacia la comunión diocesana, una pasión por el trabajo en común, como la que pudieron infundir los grandes santos a sus comunidades. La “espiritualidad de comunión” es un planteo novedoso, porque es algo *intermedio* entre la espiritualidad vivida en la solitaria relación con Dios, y las estructuras comunitarias externas. Se trata del dinamismo del Espíritu que no se queda en la íntima relación con Dios, sino que impregna el modo de relacionarse con los demás. Son actitudes fraternas internas que se traducen en gestos comunitarios externos. Tampoco se identifica sin más con las estructuras de comunión, que muchas veces no producen relaciones auténticas. Por eso no basta multiplicar reuniones, ni crear formas externas de vida comunitaria que lleguen a hastiar sin producir verdaderos efectos de vida compartida. Pero la comunión espiritual tampoco puede reducirse a las buenas actitudes *internas* hacia los demás, sino que, si es auténtica, tiende a producir un *estilo* que marca todo el mundo de las relaciones con los otros. Juan Pablo II dice que una espiritualidad de comunión es “capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad” (*Novo Millennio Ineunte* 43). También “es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente las cargas de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias” (ibid).

* Tanto las inquietudes afectivas como las preocupaciones pastorales de los curas, podrían hallar una respuesta si se viviera bien *una pastoral orgánica, que cree un gran sentido de amistad, de equipo pastoral, de sueño comunitario, de pasión compartida que nos haga gustar lo que es caminar y trabajar codo a codo, juntos, verdaderamente solidarios*. Sería una forma de ser cura y de trabajar que haga que ya no nos sintamos solos, porque sabemos que los demás siempre le darán prioridad a darme una mano, más que a sus logros individuales; porque sabré que si yo fracaso, hay otro que tiene mi mismo sueño, y a él le va bien; porque sé que si yo por el momento estoy caído, hay otro que está de pie luchando por el mismo proyecto, y me espera.

* A la larga, esto siempre es más eficaz que los logros individuales inmediatos y llamativos. Dejaremos huellas en este mundo, y en nuestra tierra, si logramos dar la vida por este gran amor: *caminar juntos, como hombres de Dios para los demás, con un sueño compartido*. Porque la vida de una persona, o es la historia de un gran amor, o es la historia de miles de intentos por sobrevivir sin ese gran amor. Y la vida de una comunidad fecunda, en definitiva, es la historia de un gran amor compartido. Así se refleja *pastoralmente* el misterio de comunión de la Trinidad.

2. Un camino integral de santidad:

* Este criterio invita a unir mejor fe y vida, y las inclinaciones espirituales con las exigencias prácticas del Evangelio. Se trata de alimentar la búsqueda de la gloria de Dios, como sentido último de la vida, para que el cura pueda asumirse como hombre de Dios. Implica motivar al amor a Dios por sobre todas las cosas, que aun en la posmodernidad sigue siendo el primer mandamiento. El rechazo de los espiritualismos puede haber llevado a un humanismo poco religioso, también en los curas.

*Pero por otra parte, a ese Dios se responde con toda la vida. Particularmente, se trata de fomentar una mística comunitaria, social y misionera, pero con el mismo acento puesto en lo religioso y al mismo tiempo en lo comunitario y social. No un poquito de cada cosa sino toda el alma en la búsqueda de Dios y en el compromiso comunitario y social. Es la entrega a Dios *en* la entrega a los demás.

* Esto supone elaborar un camino pedagógico que desarrolle el gusto por las cosas de Dios, de manera que el sacerdocio marque completamente la propia identidad. Es volver a proponer constantemente la santidad como ideal de vida.

* Pero las crisis y la desgana no se resuelven sólo con un retiro donde uno se encuentre con Dios. Este camino pedagógico debería ayudar a unir más la privacidad y la actividad (identificación con la misión, asumirse como hombre de Dios para los demás). Para ello habría que procurar siempre que los espacios de espiritualidad partan de la misión y se ordenen a ella, desarrollando una mística de la acción y de la disponibilidad. Esto no se logra con meros imperativos, sino con permanentes motivaciones, estímulos, reflexión y consejo cercano.

*La dirección espiritual, siempre indispensable, debería incluir siempre algunas consideraciones de este orden para evitar reducirla a un espacio de descarga o de consuelo, o para no convertirla sólo en consideraciones sobre la oración privada y el celibato.

*En esta línea, el camino cada vez más necesario es el siguiente: que en el Seminario y en la formación permanente haya un permanente seguimiento de la “calidad espiritual” de la actividad pastoral, y que cada uno se habitúe a realizar esta evaluación periódica; es decir, un seguimiento del *modo* como son vividas las distintas tareas y la actividad en general. Esto no es secundario, y exige una atención permanente. La santificación en el ejercicio del ministerio, que supone un ministerio con *calidad* espiritual y humana, no es menos exigente que la vida monástica; y requiere un camino largo y paciente, tan complejo y difícil como aprender a orar.

3. Que todos sean sujetos y destinatarios de la actividad evangelizadora (Llegar a todos convocando a todos)

* Como respuesta al quinto desafío planteado (la necesidad de mayor comunión), recordemos que hay un valioso estímulo y un sano control para el sacerdote en una vida comunitaria rica en carismas y ministerios, con laicos que tengan cierta autoridad, crecimiento y creatividad pastoral, y un lugar como para opinar y dialogar con el cura. Así se pueden evitar esos círculos reducidos que, cuando dejan de apoyarlo, dejan al cura a la deriva. La mayor amplitud pastoral es siempre mucho más sana y brinda mayor contención, riqueza y estímulo pastoral, que evita que el cura se estanque o se cierre en sus esquemas personales. Esto requiere dedicar un espacio a fomentar y alentar la diversidad de servicios laicales, esperando con paciencia que vayan adquiriendo experiencia, prepara una vida sacerdotal más bella y mejor vivida.

*Aquí es donde la opción por los pobres y sufrientes se vuelve muy sana para contrarrestar la crisis de valores: Una dedicación efectiva a ellos puede ser un contrapeso adecuado al culto actual al cuerpo joven y sano, a la moda, a lo nuevo, a la búsqueda exagerada de gratificaciones, etc. El contacto con los sufrientes y limitados, y con las familias, ayuda a relativizar las preocupaciones por las propias insatisfacciones, que de otro modo se descontrolan, pierden todo realismo. Hoy en día, podemos reconocer que incorporar al ideal sacerdotal una opción radical por los pequeños es también sana y recomendable para un adecuado equilibrio. Porque las ofertas de bienestar son tan permanentes como el bombardeo de la sensualidad. Y estas necesidades creadas por los medios llevan a acudir rápidamente a los nuevos enriquecidos de este momento del país, para poder satisfacerlas.

*Se trata de reproponer la opción efectiva por los pobres, ya que nuestro riesgo actual no pasa tanto por posibles ideologizaciones, sino más bien por el consumismo individualista, y el cuidado

obsesivo de los espacios de comodidad. Algo semejante podría decirse, como vimos antes, sobre la cercanía a las familias.

*Este criterio de llegar a todos y de incorporar a todos tiene un fuerte impacto en la vida sacerdotal. Es un ejercicio de la caridad pastoral, que estando unida al celibato, asume en el cura la forma de un amor universal, siempre disponible, abierto a todos, que se abre a las novedades de la cultura, y que unifica las diversas preocupaciones de la misión.

4. Un itinerario formativo gradual

* Las constataciones sobre las deficiencias humanas y espirituales de los sacerdotes no resuelven el problema sin un camino pedagógico que encuentre las motivaciones y puntos de partida adecuados y sin un proceso gradual.

*Esto implica tratar de dar siempre razones, fundamentos y motivaciones de lo que se pide a los curas. Hoy, pedir algo sin mostrar de un modo claro y atractivo el bien que se puede alcanzar con eso, es prácticamente inútil. Pero esto implica también que cada uno se esfuerce por alimentar las motivaciones que inclinan a dedicarse con ganas a determinadas tareas, o que simplemente mueven al bien, a la generosidad, a la vida compartida, y que aprenda a reconocer con astucia y a limitar con decisión los estímulos que alimentan el individualismo, la queja y el egoísmo.

* Dentro de este camino gradual se destaca la importancia de los pequeños pasos. No es todo o nada, sino algo y de a poco. La ansiedad actual impide valorar esto y lleva a bajar los brazos. Por eso, cuando uno se propone un ideal a sí mismo, es indispensable, al mismo tiempo, que determine los pequeños pasos a realizar.

* Pero esto implica el sueño de ser más, de alcanzar algo más en la vida cristiana. Por lo tanto hace falta motivar, como base, el amor por el crecimiento: Las cosas pueden ser de otra manera, no hay un fatalismo mágico; y cada uno puede ser mejor sacerdote. Aquí entra la formación permanente como una opción personal, internalizada por cada cura.

*Para esto es necesario también un equipo diocesano que se ocupe de estas cosas, y alguien que pueda disponer de tiempo para estimular y acompañar este crecimiento, detectando los problemas de los curas a tiempo para ayudar a dar los pequeños pasos en orden a superarlos. Normalmente, junto con el equipo que se dedica a pensar y organizar las instancias de formación permanente, es conveniente que haya un equipo de directores espirituales o de acompañantes que puedan acercarse sobre todo a los que están en crisis, pero que también estén disponibles para acompañar y contener en cualquier momento.

*Este criterio, que propone un itinerario “gradual” invita a considerar las dificultades y posibilidades particulares que se hacen presentes en las diversas etapas de la vida sacerdotal. Para ello es conveniente elaborar algún proyecto de formación permanente que incluya objetivos y consideraciones diversas para el clero más joven, intermedio, de mediana edad, maduro y mayor.

*La formación para el celibato se ha vuelto urgente. Ya hay varios equipos que unen muy bien psicología y espiritualidad. Además, a través de los encuentros nacionales de sacerdotes y de los cursos que ofrece el Secretariado de formación permanente, se ofrece un buen aporte en esta línea.

*A pesar del desgaste de la autoridad, que lleva a rechazar todo lo que parezca imposición, hay sin embargo una necesidad de la figura paterna que otorgue seguridad y que indique un rumbo claro. Por eso suele ser valorada una palabra del obispo pidiendo algo serio, importante, evangélico. No una palabra que se desgaste acentuando cosas secundarias y muy discutibles, o que dice una semana una cosa y otra semana algo diferente. Cuando a todo lo que se propone se le da la misma fuerza (que hay que tener monaguillos o que hay que predicar bien, que hay que tener el patio limpio o que hay que optar por los pobres y sufrientes) la exhortación no produce efecto y la palabra episcopal se desgasta. Los curas parecen necesitar que el obispo marque líneas que recuerden dónde está lo esencial, lo que nunca debe ser descuidado: el trabajo en equipo, la formación de laicos, la santidad comunitaria, la cercanía a los pobres,

etc. Y necesitan que lo haga con fuerza, convicción y mística, pidiéndolo no sólo en general, sino en su diálogo personal con ellos.

*También necesitan una palabra de aliento o de gratitud de parte del obispo o de algún delegado, que les recuerde que lo que están haciendo vale la pena. Reciben un bombardeo permanente de mensajes que les dice, en el nivel de la sensualidad y las emociones, que lo que hacen no es pertinente, y que hay cosas mucho más importantes. Las tentaciones de desaliento y la búsqueda de otras gratificaciones hoy están siempre al acecho. Por eso es indispensable una palabra paterna que ayude a valorar sus esfuerzos y su perseverancia. Pero lo mismo vale para la relación de los curas con los laicos, ya que a veces ellos no hacen con los demás lo que le reclaman al obispo para con ellos.

Estas consideraciones, ciertamente incompletas, que seguramente exigirán diversos matices de acuerdo a la situación y a la historia de cada diócesis, podrían servir de motivación para el debate y el trabajo en los equipos de formación permanente. Porque es indispensable un mínimo diagnóstico y algunos criterios básicos, en orden a generar cambios positivos que preparen un futuro mejor.